

# Casete 1

Alex



## Capítulo 1

### **Transcripción de las grabaciones hechas por el prisionero AP1506 entre el 15 y el 25 de febrero de 1996.**

#### **Casete #1**

Mi abogado de oficio, el Dr. Márquez, quien fue asignado a mi caso debido a mi imposibilidad de pagar uno, me ha pedido que haga esta grabación, propuesta a la que he accedido debido al tedio que me provoca la monótona vida en prisión. Esto de tener dos abogados acusadores y como única defensa la escasa buena voluntad que Dios dejó en los mezquinos corazones de los miembros del jurado, me hace pensar que da igual si hago esto o no, tal vez, en el mejor de los casos, pueda apresurar un poco las cosas y en el proceso divertirme.

Estoy irremediabilmente perdido, lo cierto es que si mi madre aún viviera apoyaría todas las acusaciones y tal vez agregaría algunas más de su propia cosecha, y es que al parecer he nacido con cara de culpable. Soy el menor de tres hermanos y esto me hizo el blanco de las acusaciones de todas las fechorías cometidas por ellos, bajo la premisa de que en mi condición de niño recibiría una represalia menor por parte de mis padres, respecto a las palizas que ellos recibirían. Esto les funcionó hasta cierta edad, ya que, a falta de pruebas, me convertí en experto en defenderse, incluso, cuando en verdad era culpable lograba salir ileso o en el peor de los casos reducir mi castigo a su mínima expresión, mi familia me convirtió en un mentiroso experto y sé que decirlo no me ayuda para nada, pero a estas alturas del juego nada puede ayudar.

*En casi todas las familias existe la figura del tío borracho, vago, drogadicto, comunista, o todas las anteriores, la mía no sería la excepción. El hermano menor de mi papá, mi tío William, era el incorregible, quien servía de ejemplo para hacer que los niños estudiaran para no ser como él. Siempre me apoyó incondicionalmente en todas las acusaciones que me hacían, incluso en las que era evidentemente culpable, pero creo que lo hacía porque se sentía identificado conmigo, muy seguido se le imputaban más pecados de los que en verdad hacía, solo por su mala reputación. Tan juntos anduvimos en esto de las acusaciones que ahora habitamos la misma prisión y hasta hoy sigue defendiéndome en este infierno.*

Mi carácter ha sido siempre más bien pasivo, me he dedicado a evitar las confrontaciones, al punto en que la mayoría de las personas que me conoce termina aprovechándose de eso. Mi esposa tenía la teoría de que yo era una gran batería que se iba cargando de ira poco a poco, y que un día, algo rebasaría mi capacidad, me sobrecalentar y estallaría arrasando todo a mi alrededor. Siempre lo decía en tono de burla, pero yo sé que en el fondo lo creía y temía por los niños, mas yo confiado de mi autocontrol nunca tomé esas ni otras advertencias en serio, odio admitir que tenía razón.

Desde el momento en que fui detenido por la policía, a la mañana siguiente de los sucesos, he afirmado y sostenido mi inocencia, aun

cuando de la nada han aparecido una cantidad abrumadora de pruebas en mi contra. Decidí guardar silencio hasta poder estar frente a mi abogado y desde entonces he declarado con lujo de detalles todo lo que sucedió, pero al parecer no es suficiente. Me han sometido a una presión extraordinaria para que me declare culpable, tal parece que es lo único que le hace falta a mi expediente, a los directores de la prensa local se les hace agua la boca con la idea de tener en primicia mi declaración como culpable, los detalles del homicidio, la sangre, las vísceras; ¡Malditos sádicos y su circo! No son mejores que yo. Desde hace meses la única visita del exterior que recibo es la del Dr. Márquez, mi esposa solo asistió a la primera audiencia vestida de negro, como si ya estuviese muerto, así que, prácticamente estoy haciendo estas grabaciones desde el más allá para que se queden en mi expediente acumulando polvo, hasta que en algunos años este balbuceo inútil sirva de entretenimiento o material de apoyo para una clase mediocre de criminalística.

El mundo de las drogas es complejo en muchos aspectos y si creces en una comunidad como la mía, donde la mitad de los habitantes son fanáticos religiosos con un pasado dudoso y la otra mitad son sinvergüenzas no conversos, es difícil elegir el bando en que te odie la menor cantidad de gente posible. La aceptación en determinado grupo es para muchas personas, incluyéndome, un factor determinante en el desarrollo de habilidades sociales. El primero de una larga lista de vicios comenzó cuando tenía once años, el cigarrillo; y fue como le ocurre a la mayoría de la gente: la necesidad de inclusión. En mi caso, conviví con primos mayores que fumaban a escondidas y la forma de comprar mi silencio era haciéndome partícipe del crimen, aprovechando la desesperada y absurda necesidad que tenían todos los niños de mi época de crecer rápidamente, creyendo ganar con esto cierto nivel de respeto. La historia volvía a repetirse al poco tiempo con el alcohol y algunos años después con la marihuana. También he sido adicto a la cocaína, heroína, metanfetaminas y otras variedades de drogas que accesibles en las calles y la forma en la que llegué a todas ellas fue siguiendo el mismo patrón básico anteriormente descrito, así que no vale la pena que malgaste esta primera cinta en detalles irrelevantes, tal vez el Dr. Márquez no tenga la gentileza de facilitarme otra cinta. Voy a lo que me ocupa y me ha traído a este solitario confinamiento, como empecé a matar.

El más viejo recuerdo que tengo de mi hermano mayor es con una resortera en el bolsillo a lo Daniel el travieso. Él es aficionado a la cacería y la pesca, tiene su casa tapizada con animales disecados y trofeos. Cuando adquirió las destreza suficiente para para armar por sí mismo una resortera convirtió la caza en su pasión, pasaba el día acechando a todos los animales que ingresaran al perímetro de nuestro patio trasero y alguna que otra ave que se posara en los árboles de los vecinos y que para su desgracia quedará al alcance de sus proyectiles, fue de esta forma que aprendí el concepto de la muerte, no como el fin natural de un ciclo y parte fundamental e ineludible de la vida, sino una muerte planificada, provocada y ejecutada por el puro disfrute de sentirse superior a otras criaturas, la mayoría de las veces indefensas.

Al poco tiempo me vi armado con una resortera de la misma manufactura y comencé a acompañar a mi hermano en sus expediciones. La casa en la que vivíamos tenía un patio amplio, lleno de árboles muy diversos y una palmera de unos tres metros de alto era el hogar de un grupo nutrido de palomas que se hallaban muy cómodas haciendo sus nidos allí, tan cerca de nosotros. Mi padre, que al parecer se había encariñado con las palomas y las consideraba mascotas, al vernos armados como estábamos había ofrecido públicamente una paliza a quien se atreviera a mata alguna de las palomas. Yo era muy niño e inexperto en el uso de resorteras, por lo que mi puntería no era ni de casualidad buena y el blanco ideal para mi eran nuestras mansas inquilinas de la palmera. Empecé a lanzar canicas sin ninguna esperanza, no sentía estar desobedeciendo a mi padre porque ni un momento se me pasó por la cabeza que podría atinarle a una, cuando de pronto pasó. Una paloma blanca asomó la cabeza y la interpuso, para desgracia de ambos, en la trayectoria que llevaba la canica que yo había disparado con los ojos casi cerrados. Lo que sucedió a continuación lo recuerdo en forma tan detallada como si acabara de suceder: El ave se desplomó de lo alto de su nido y empezó a convulsionar violentamente a mis pies, con la cabeza en un ángulo grotesco y regando sangre con el pico partido donde había impactado mi proyectil. Me quedé en shock hasta que se detuvo muerta en el piso, tratando de asimilar lo que acababa de pasar y sus implicaciones, no podía moverme, mis manos temblaban y con todas esas emociones agolpadas detrás de los ojos, no me explico cómo no eche a llorar en el sitio.

Nadie me había visto, estaba en serios problemas por primera vez, pero si me daba prisa con la evidencia podría negarlo y así lo hice. La que antes fuera una bella paloma blanca ahora yacía en una bolsa con el pico roto, el cuello partido y manchada de sangre, enterrada a unos treinta centímetros de profundidad junto a la casa del perro.

**Fin del Casete #1**